

# ARGUMENTOS

## *Antonio Machado y el pensamiento (I)*

JULIÁN MARÍAS\*\*

**E**

ste título no debe sugerir una tentación a la que nunca he sucumbido: considerar a Antonio Machado como un filósofo. No lo fue, y nunca he procurado incorporar a este gremio a los que no han pertenecido a él. Antonio Machado fue un poeta, y cuanto más se le lee y se piensa en él más evidente resulta, y su obra es tanto más valiosa cuanto más estrictamente poética es, y en la medida en que se aparta de la poesía decae y desmerece. Podríamos decir que lo que en él no es poesía nos interesa por ser obra del poeta Machado. Y, por supuesto, es parte esencial de ella su teatro, literalmente “poesía dramática”, en colaboración con su hermano Manuel, tan cercano y querido siempre, tan próximo también en su poesía, inextricablemente unidos ambos en el teatro.

Pero importa considerar la relación de Antonio Machado con el pensamiento, que nunca le fue indiferente. Y esa relación es múltiple, decisiva para su figura personal y no menos para su obra. Estudioso de filosofía, lector discontinuo, seguidor de conferencias de Bergson en París en 1911, Licenciado en Filosofía y Letras a fines de 1918, cursos de doctorado (sin completar) en 1919. Admirador fervoroso de Unamuno y Ortega, más como escritores y representantes de una España nueva que como filósofos, le causa impresión filosófica *Del sentimiento trágico de la vida*, de Unamuno, en 1913; comenta en *La lectura las Meditaciones del Quijote*, de Ortega, en 1915.

Hay cuatro figuras de pensadores que influyen sobre todo en Machado: Unamuno y Ortega, de cerca; Bergson y tardíamente Heidegger de lejos. De Bergson habla en muchos lugares de su obra, y de un modo particularmente

\*ABC, 4. VII. 1996.

\*\* De la Real Academia de la Lengua Española y de las Bellas Artes. Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, 1996.

interesante en *Poema de un día (Meditaciones rurales)* (Baeza, 1913):

“Libros nuevos. Abro uno / de Unamuno. ¡Oh, el dialecto, / predilecto, / de esta España que se agita, / porque nace o resucita! / Siempre te ha sido, ¡oh Rector / de Salamanca!, leal / este humilde profesor / de un instituto rural. / Esa tu filosofía / que llamas diletantesca, / voltaria y funambulesca, / gran Don Miguel, es la mía. / Agua del buen manantial, / siempre viva, / fugitiva, / poesía, cosa cordial. / ¿Constructora? /-No hay cimiento / ni en el alma ni en el viento-. / Bogadora, / marinera, / hacia la mar sin ribera. / Enrique Bergson: “los datos / inmediatos / de la conciencia”. ¿Esto es / otro embeleco francés? / Este Bergson es un tuno, / ¿verdad, maestro Unamuno? / Bergson no da como aquel / Immanuel / el volatín inmortal; / este endiablado judío / ha hallado el libre albedrío / dentro de su mechinal. / No está mal: / cada sabio, su problema, / y cada loco, su tema. / Algo importa / que en la vida mal y cara / que llevamos / libres o siervos seamos; / mas, si vamos / a la mar, /lo mismo nos han de dar... Sobre mi mesa “Los datos / de la conciencia”, inmediatos. / No está mal / este yo fundamental, / contingente y libre, a ratos, / creativo, original; / este yo que vive y siente / dentro la carne mortal / ¡ay! por saltar impaciente /las bardas de su corral”.

La inveterada hostilidad a lo francés que comparte con Unamuno, nacida sobre todo de su triste experiencia de París en 1911 y que se le va pasando, sobre todo durante la Guerra Europea, le hace mirar con desconfianza a Bergson, a quien respeta y admira, cuya atracción siente. Poco después, en *Nuevas canciones (Proverbios y canciones)*, vuelve sobre estos temas:

“Dicen que el ave divina / trocada en pobre gallina, / por obra de las tijeras / de aquel sabio profesor / (fue Kant un esquilador / de las aves altaneras, / toda su filosofía, / un sport de cetrería), / dice que quiere saltar / las tapias del corralón, / y volar / otra vez, hacia Platón. / ¡Hurra! ¡Sea! / ¡Feliz será quien lo vea!”

Esperanza y deseo de una vuelta a la metafísica. Siempre con desconfianza de los sistemas, de la construcción. Una viva esperanza significará para él Heidegger, por quien siente gran admiración, a pesar de su escaso conocimiento, muy superficial e indirecto, aunque con sensibilidad y espíritu de adivinación, con simpatía intelectual. En diciembre de 1937 escribió Machado *Miscelánea apócrifa*. Notas sobre *Juan de Mairena*, que se publicó en el número XIII de Hora de España (enero de 1938). Se han dicho cosas hiperbólicas e innecesarias sobre este escrito; en 1953 demostré, en un artículo titulado *Machado y Heidegger* (reimpreso en *Ensayos de convivencia*), que la información que nuestro poeta tenía sobre el filósofo alemán procedía del libro de Georges Gurvitch, *Les tendances actuelles de la philosophie allemande* (París 1930); mejor dicho, de su traducción española, *Las tendencias actuales de la filosofía alemana* (Madrid 1931), incluso con sus erratas. “Es admirable —concluía yo— que, con tan escasos recursos como el humildísimo libro de Gurvitch, escribiera un artículo tan inspirado y lleno de sugerencias interesantes y felices (cierta tristeza del heideggerismo, el antisenequismo de Unamuno, etc.)”.

Y en este mismo artículo, escrito en plena guerra civil, hay una muestra de la nobleza de Machado, de su profunda estimación y admiración por Heidegger, en los antípodas de ese “rencor contra la excelencia” que se ha puesto tan de moda en nuestros días. Dice Antonio Machado: “Es Martín Heidegger, como el malogrado Max Scheler, un alemán de primera clase, de los que, digámoslo de pasada, nada tienen que ver, cualquiera que sea su posición política, que yo me complazco en ignorar, con la Alemania de nuestros días, la aborrecible y aborrecida Alemania del “fuhrer”, de ese pedantón endiosado por la turba de filisteos —sin duda numerosos— que todavía rumia las virutas —y sólo las virutas— filosóficas de Federico Nietzsche y, por descontado, el ya seco forraje de los Gobineau, Chamberlain, Spengler, etc., etc. Hay en Heidegger —entre otras muchas influencias— la influencia nietzschiana, pero del buen Nietzsche, sutil y profundamente psicólogo, que tanto pugnó por acercar de nuevo el pensar filosófico a las ‘mismas vivas aguas de la vida’”.

Pero no es esto lo que me parece más interesante en Antonio Machado en relación con el pensamiento. Ni siquiera sus escritos en prosa, en torno a la figura de Juan de Mairena o sus “complementarios”, en que son frecuentes las alusiones filosóficas; ni tampoco su poesía aforística desde *Nuevas canciones* en adelante. Donde encuentro lo más valioso, lo que se puede perder, es en el núcleo más estricto de la “Lírica” de Machado; allí está su contribución a lo que llamo pensamiento literario, que hace unos años estudié en detalle en la España del siglo XX, desde la generación del 98 hasta las dos siguientes, aquella cuyo centro natal es 1886 y la que se llama, sin demasiado rigor, “del 27”.